

asomarse a ellas, en puñalillos de llamas, el aéreo polvo de oro, su alma toda quemándose de soledad y de infinito. El cielo antójaselo a Criptana un prado fantástico para el caballo de un Esplandián de amor. Será, pues, dolor de amor éste que le arranca las amapolas a su trigal adolescente. A compás de sus ojos, anhelan en su pecho dos muñones de alas, y en esta hora de visperas, ardorosa, que rueda por su sangre, tiembla—indefinible y fatal—el presentimiento.

Ala de presagio, sobre el molino, altísimo, ha aparecido un alcotán. Y en el instante mismo algo se anuncia en lo lejano; por un repecho surgen dos jinetes, cuyo continente apenas puede distinguirse. Uno de ellos—se van acercando—trae una cruz de sol en la punta del lanzón; aquel otro, sin lanza y sin sol, debe ser un servidor del caballero.

Criptana se estremece; no puede arrebatarse de los ojos la aparición y el cielo baja a su mirar para ungirle de gracia. Ciertamente—ya no es el desazonado sueño y la sed sin ayo—viene a robarla el imaginado doncel... Ya se ve la niña en la grupa del corcel presentido mientras un sabor de clavel se le extiende por la boca. Y ya corren la alegría del galope caballo y caballero dispuestos a que nadie amuralle el tesoro de la niña molinera; se acercan y... de un estrépito loco se llena el *Burlapobres*. El caballero acometió al molino y, en trágico girar, sus aspas lo han desarzonado, en raptó gigantesco lo han izado por los aires y lanzado después sobre la hierba hética del pedregal. Criptana Alberca siente—también—paradas las aspas de su corazón y siente, como una llaga física, el girón de la vela que ya no podrá recomponerse nunca.

No nos cuenta la Aventura que Criptana Alberca bajó diligente a acorrer al Caballero, y que las manos de la doncella—¡no lo esperara él nunca!—poniéndose delicadas como para tocar un pájaro, acariciaron la pálida y barbada mejilla. Ni tampoco cómo le vió, junto a la sombra del servidor, irse de nuevo hacia el azul que le trajo, envuelto en el desolado vaño de tristeza en que se nos diluyen los rotos maderos de todas las catástrofes...

Es la noche. Criptana Alberca no puede dormirse, con el gesto del hidalgo que no pudo desencantarla, besándole el corazón. Y mientras llora, el cielo es una enorme tolva de estrellas para el afán del *Burlapobres*.

ENRIQUE SORIANO

ESTAMPAS MANCHEGAS

TRES CARABELAS

Del corazón mismo de España, puesto que por deseo de la Reina Isabel se equiparon, surgieron aquellas tres carabelas—astillas del recto tronco castellano—que, aun siendo de «bien escaso porte» y de poco calado, eran «ágiles y maniobreras», propias para aquella audaz embajada a lejanas tierras, abriendo nuevos caminos en el mar ignoto. «La Pinta», la «Niña» y la «Santa María» son un símbolo de la raza.

También tierra adentro, casi en el centro de la península, se levantan estas tres carabelas manchegas que, como restos de otra armada invencible—aquellos «treinta o cuarenta molinos» que vencieran al Caballero del Ideal, víctimas también de «los elementos»—, se disponen a hacerse a la vela, llevando entre las suyas vientos de quijotismo que ventilen los espíritus.

En la inmensa llanura de este mar de la Mancha las tres siluetas se recorran esbeltas. El «Burlapobres», el «Sardinero» y el «Infante» se hallan anclados en este arrecife del Campo de Criptana. Ya sus pilotos calafatearon casco y cubierta, afirmaron el «palo de gobierno», nivelaron la «linterna», y dispusieron la «camareta» para la travesía. Tendidos los lienzos sobre «trinchetas» y «teleras», el maderamen cruje, y desde los estrechos portillos de sus altas ventanas parece ya verse oscilar el horizonte.



Han hecho falta una fe y un tesón sin decaimiento para conseguir que estos tres gigantes no se hundan. Han sido precisos el sentido estético de un Zuloaga y un Juan Cristóbal, el gran amor a esta tierra de un Enrique Alarcón, la emoción artística por la «descomunal aventura» de un Rafael Gil y la atracción que supieron despertar estas suaves lejanías en un Alfredo Fraile. También el pueblo sencillo, los «Sanchos de Criptana» como un día dijera el maestro Azorín, que en el fondo aman al sublime loco y hasta se contagian de sus locuras, contribuyeron a reparar y disponer los bajeles. Maestros carreteros, con la cooperación de viejos molineros, trabajaron con interés—y desinteresadamente—en la restauración del molino que adquirió el Municipio en el Centenario de Cervantes.

La pequeña flota de estas tres

carabelas se halla dispuesta. Pero, equipada «a lo Quijote», aún le faltan las «cartas de marear», y es posible que como empresa descabellada y quijotesca sea vencida por galeotes y yangüeses, mercaderes y cuadrilleros, perdiéndose lo que a duras penas se consiguió. He aquí el motivo de esta llamada al «Escuadrón de la Fe». No es ésta, en modo alguno, empresa comercial, sino del espíritu. Los pobres molinos para nada influyen en la balanza cerealista y, en todo caso, su posible clandestinidad estaría medida por las suaves brisas manchegas del pan de cada día, y no por el huracán de altas ambiciones que necesitan de más potentes máquinas que estas pobres armazones seculares. Sus viejas piedras sólo saben de celemines, desconociendo los quintales. A todos va dirigido el mensaje de estas tres carabelas, que no quieren quedar de nuevo desarboladas para hundirse en los abismos de la nada y ser nombres vacíos, como el «Castaño», el «Aburraco», el «Burlapobres», el «Lisado» y los demás, hasta aquellos treinta y tantos, que voltearon sus aspas junto a ellos.

Los molinos de viento del Campo de Criptana no son molinos. Son también un símbolo de la raza; un monumento a Cervantes; personajes vivientes del «Quijote», carabelas manchegas en las que navegamos los locos-cuerdos—o los cuerdos-locos—cuando no nos remontamos a lomos del «Clavileño». Pero para conservar su estructura, para que no se desquicien las aspas, para que no se pudra su vieja máquina, tienen que moler. Algo, poco, lo que sea; pero tienen que moler. Es preciso que, como un símbolo de la perennidad de un espíritu, en la extensa llanura del Campo de Criptana giren pausadamente los molinos de viento.

J.-Antonio SANCHEZ-MANJAVACAS

Director de la Biblioteca Alfonso Quijano

En nuestro próximo número colaborarán EVA CERVANTES, Poetisa, y ENRIQUE ALARCÓN, Dibujante.

- CLAVILEÑO se reparte gratuitamente.
- CLAVILEÑO abre sus páginas a todos los escritores y dibujantes.
- En ningún caso se devolverán originales.
- Esta Dirección se reserva el derecho a su publicación.
- Haremos una breve reseña de cuantos libros o revistas se nos envíen.
- El próximo número de CLAVILEÑO será extraordinario y constará de cuatro páginas y en color.

Gráficas ROLANDO.-Alameda, 8.-Tel. 31-44-78-MADRID

Razón de CLAVILEÑO

Hoy le hemos dado su nombre. Hasta la hora de su bautizo, todos le llamamos CABALLO VOLADOR. Hizo su primer vuelo «sin riendas que lo guíasen». Por la Mancha anduvo... y saltó sus fronteras con la razón de una inquietud alocada.

Hoy vuelve a hacerse a los aires para engendrar la intimidad del espíritu en los que de verdad aman la sinceridad de la Mancha. ¡DIOS SALVE A CLAVILEÑO!

ANTOLOGÍA

BALADILLA DE LOS TRES RÍOS

El río Guadalquivir
va entre naranjos y olivos.
Los dos ríos de Granada
bajan de la nieve al trigo.

¡Ay amor
que se fué y no vino!

El río Guadalquivir
tiene las barbas granate.
Los dos ríos de Granada,
uno llanto y otro sangre.

¡Ay amor
que se fué por el aire!

Para los barcos de vela
Sevilla tiene un camino;
por el agua de Granada
sólo reman los suspiros.

¡Ay amor
que se fué y no vino!

Guadalquivir, alta torre
y viento en los naranjales.
Dauro y Genil, torrecillas
muertas sobre los estanques.

¡Ay amor
que se fué por el aire!

¡Quién dirá que el agua lleva
un fuego fatuo de gritos!

¡Ay amor
que se fué y no vino!
Lleva azahar, lleva olivas,
Andalucía, a tus mares.

¡Ay amor
que se fué por el aire!

Federico

GARCIA LORCA